

TERCERA PARTE

I

Terrible punzada hizo volver en sí á Vinicio, quien, al abrir los ojos, se encontró rodeado de tres hombres que sobre él estaban inclinados. En uno reconoció á Oso; en otro al viejo que había querido oponerse al rapto de Ligia; el tercero, que le era desconocido, le palpaba el brazo y le producía tan agudos dolores, que el tribuno, creyéndose víctima de refinada venganza, dijo con los dientes apretados:

— ¡Acabadme de matar!

Ninguno de los tres hombres le contestó, sea porque no entendieran estas palabras, sea porque las creyeran hijas del delirio.

Oso, en cuyo semblante bárbaro se reflejaba en aquel instante la piedad, sostenía un paquete de vendas. El viejo preguntó al que reconocía el brazo de Vinicio:

— Glauco, ¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

— Segurísimo, venerable Crispo. Al ser arrojado contra el muro por nuestro gigante—y mientras esto decía señalaba al ligio—este hombre tendió instintivamente el brazo y se lo rompió; pero la herida de la cabeza es leve.

— He enviado á Oso por tí porque sé que eres médico experto y que has curado á muchos de nuestros hermanos.

— Por cierto que viniendo hacia acá me ha revelado Oso que ayer estaba dispuesto á matarme.

— En efecto; me dió cuenta de sus propósitos, y yo, que te conozco á fondo y sé cuanto amas á Cristo, le disuadi, haciéndole comprender que no eres tú el traidor, sino el infame desconocido que le instigaba al asesinato.

—Por ángel le tomé y es un espíritu diabólico—dijo Oso suspirando.

—Hablaremos de esto, con más calma, otro día—repuso Glauco;—atendamos ahora á nuestro herido.

Y en tanto, le sujetaba el brazo entre dos tablillas ligeramente combadas que ató luego fuertemente á fin de asegurar su inmovilidad.

Vinicio, que á consecuencia del dolor habia perdido de nuevo el sentido, al recobrarlo vió junto á sí á Ligia, que sostenia una jofaina con agua, en la cual Glauco, de cuando en cuando, empapaba una esponja, con la que refrescaba la cabeza del herido.

—¡Ligia!—susurró.

La jofaina osciló entre las manos de la joven, la cual, dirigiendo al tribuno una mirada llena de piadosa ternura, dijo:

—¡La paz sea contigo!

—Ligia—contestó el patricio—tú has impedido que me mataran....

—¡Dios te devuelva la salud!—replicó ella con dulce acento.

Para Vinicio, que tanto daño habia hecho á la doncella, fueron estas palabras bálsamo de consuelo, y como no estaba en disposición de comprender que eran lógica consecuencia de la doctrina profesada por Ligia, solo vió en ellas la ternura infinita de la mujer amante. Y desfalleció ahora de gozo, como antes habia desfallecido de dolor, imaginando que caía en el vacío, pero suave y apaciblemente, cual si un hada bienhechora le sostuviera...

En tanto, Glauco, lavada la herida de la cabeza, la cubrió con salúfero unguento, y Ligia, entregando á Oso la jofaina, cogió de encima de la mesa vino mezclado con agua y lo acercó á los labios de Vinicio, el cual bebió con avidez. Terminada la cura, el dolor cesó casi por completo.

—Dame otra vez de beber...—dijo el tribuno con voz desfallecida.

Ligia entró en la habitación contigua para llenar de nuevo el vaso, mientras Crispo, después de breve coloquio con Glauco, se aproximaba á la cama y decía de esta manera:

—Vinicio, Dios no ha permitido que realizaras una mala acción; en cambio te ha conservado la vida para que puedas enmendarte. Aquel ante quien los hombres no somos sino polvo

te ha puesto indefenso en nuestras manos; mas como nuestra doctrina nos ordena perdonar y aún amar á los enemigos, te hemos curado las heridas y ahora rogaremos á Dios que te devuelva la salud. Pero no podemos cuidar de ti por más tiempo. Queda en paz, y medita, cuando estés solo, si es justo que continúes persiguiendo á Ligia, á quien has privado de hogar y de protectores, y que nos hagas daño á nosotros que te hemos devuelto bien por mal.

—¿Queréis, pues, echarme?—preguntó Vinicio.

—No. Queremos simplemente dejar esta casa, para sustraernos á la persecución del Prefecto de la Ciudad. Tu compañero ha sido muerto; tú herido. No somos culpables; mas no por esto dejaría de caer sobre nuestras cabezas todo el rigor de la ley.

—No temer las persecuciones. Quedáis bajo mi protección.

Crispo no quiso contestarle que desconfiaban de él, y prosiguió diciendo:

—Señor, tienes sana la mano diestra; he aquí tablillas y estilo; escribe á tus servidores que vengan esta tarde con la litera para trasladarte á tu casa. Ésta es la de una pobre viuda que no tardará en regresar con su hijo y que se encargará de entregar la carta mientras nosotros andamos en busca de nuevo refugio.

El tribuno palideció, pues desde luego se hizo cargo de que si llevaban á cabo su resolución se exponía á perder á Ligia para siempre. Deseaba, además, reconciliarse con ella, pedirle perdón por el daño que le habia causado, y no le dejaban tiempo para hacerlo.

Cual náufrago que se agarra á una tabla, formó súbitamente el propósito de retenerla á su lado, aunque no fuera más que por tres ó cuatro dias.

—Escuchadme cristianos—les dijo.—Ayer estuve en el Ostriano con vosotros y oí la exposición de vuestras doctrinas; pero aunque no las conociera, vuestros actos me habrían convencido de que sois gentes honradas y buenas. Decid á la viuda que permanezca sin temor en esta casa, quedáos vosotros, y permitid que me quede yo también. Que diga ese hombre—y señalaba á Glauco al decir esto—si es prudente sacarme hoy de aquí; si este brazo no exige inmovilidad absoluta durante algunos dias... ¡Vaya, os participo que no saldré, á menos que me echéis á la fuerza!

Al llegar á este punto le faltó el aliento é hizo una pausa, que aprovechó Crispo para decir:

—Nadie, señor, hará uso de la fuerza contra ti; pero nosotros marcharemos para ponernos en salvo.

No acostumbrado Vinicio á que se le contradijera frunció el ceño; mas en el acto repuso:

—Nadie se acordará más del atleta á quien vuestro gigante ha estrangulado porque debía hoy marchar á Benevento y todos creerán que ha partido. Nadie nos ha visto entrar en esta casa, exceptuando un griego que nos acompañó al Ostriano. Os diré donde vive é iréis á buscarle á fin de que yo le pueda ordenar que guarde absoluta reserva. Escribiré luego á mi casa que marche á Benevento. Caso de que el griego hubiese ya dado parte del hecho al Prefecto, declararé que he sido yo el matador de Crotón y que él me ha roto el brazo. ¡Os lo juro por los manes de mi padre y de mi madre! Podéis quedaros, pues, con toda tranquilidad. Hacedme venir al griego en seguida; se llama Quilón Quilónides.

—En este caso, señor —dijo Crispo— Glauco quedará aquí, y él y la viuda te cuidarán.

Vinicio puso hosco el semblante y dijo con tono desabrido:

—Buen viejo: atiende á lo que voy á decirte. Agradezco en el alma cuanto por mi has hecho; mas ¿cómo siendo hombre de nobles y honrados sentimientos no te atreves á decirme con franqueza lo que piensas? Temes que ordene á mis esclavos que vengan y se apoderen de Ligia; no es cierto?

—Si—contestó Crispo resueltamente.

—Oye, pues. Hablaré á Quilón en presencia vuestra; ante vosotros escribiré la carta en que participe á los de mi casa que marche á Benevento, y vosotros mismos os encargaréis de llevarla. Reflexiónalo bien y no me apures más la paciencia...

Con el rostro contraído por la cólera, prosiguió:

—No quiero negarte que me mueve á permanecer aquí el deseo de verla. Pero no pretendo quitárosela por la fuerza... Y ten por seguro que si ella se va me arrancaré los vendajes, rehusaré todo alimento... y la responsabilidad de mi muerte caerá sobre tu cabeza y las de tus compañeros... ¡Ah! ¿Por qué me habéis curado?; ¿por qué no dejarme morir?; ¿por qué no me asesinastéis?

En su pálido rostro se reflejaban la ira y la angustia.

Ligia, que de la estancia inmediata había oído toda la conversación y estaba bien convencida de que Vinicio cumpliría

sus amenazas si le abandonaban, decidió salvarle la vida á toda costa, tanto más cuanto ningún temor le daba el tribuno, quien, por su estado, infundía más bien compasión que desconfianza. Desde el día en que se fugó, Ligia había vivido absolutamente entregada á la oración y á las obras piadosas y de caridad, con el alma llena de ideas y de sentimientos religiosos, haciendo todo género de sacrificios por amor de Dios y del prójimo, convertida en una de aquellas sublimes vírgenes cristianas que con su heroísmo y ardiente piedad transformaron el mundo. No obstante, jamás olvidó á Vinicio, en quien pensaba melancólicamente, rogando á Dios que le concediese la gracia de poder un día devolverle bien por mal, conquistando su alma generosa y ardiente para la fe de Cristo, salvándole del yugo del pecado. Y ¿no parecía que Dios se lo entregaba enfermo, abandonado en sus manos y en las de los cristianos que la rodeaban, para que pudiera realizar su santa obra?; Ah, si! Dios había oído su oración y le concedía la gracia tantas veces impetrada.

Y entrando, aproximóse al anciano y con voz que parecía el eco de otra voz sobrenatural, exclamó:

—¡Crispo! ¡Que se quede aquí, y nosotros con él para cuidarle hasta que Dios le haya devuelto la salud!

—Sea, pues, como tú quieres—contestó el viejo.

La condescendencia de Crispo impresionó vivamente á Vinicio, pues le hizo suponer que Ligia era considerada por los cristianos como una especie de sibila ó de sacerdotisa á quien todos obedecían. ¿No se sentía él mismo, en presencia de aquella virgen, sumiso y respetuoso, á pesar de su orgullo de patricio romano y de su violencia hereditaria? ¿Qué mucho, pues, que la acataran ciegamente los cristianos? Experimentaba el tribuno ardientes deseos de manifestar á Ligia su gratitud, y, sin embargo, la emoción, el respeto y cierto terror religioso se lo impidieron. No pudo decir palabra y tuvo que contentarse con dar á la castísima doncella las gracias envolviéndola en una dulce mirada.

Desde aquel punto Vinicio no sintió más inquietud que la causada por el temor de que alguien, autoridad, amigo ó liberto, obrando por instigación ó meramente en virtud de simple aviso del griego, viniera á turbar su dicha, sacándole de allí. Ciertamente que la aparición de la fuerza pública, enviada por el Prefecto de la Ciudad, ó de alguno de sus libertos con

esclavos, le proporcionaría medio seguro y expedito de llevarse á Ligia; mas apenas esta idea ruin le hubo penetrado en la mente, la rechazó con noble altivez su corazón generoso. Vinicio era colérico, exigente, y aun brutal y cruel á veces; pero distaba mucho de parecerse á Nerón ó á Tigelino, por ejemplo, pues tenia concepto bastante claro y elevado de la dignidad humana y cierto sentimiento de justicia que le llevaba á mirar con repulsión los actos viles y cobardes, á menos que le cegara la cólera ó alguna otra pasión avasalladora. Por fortuna, á la sazón se inclinaba á la bondad y á la ternura, en parte por debilidad física, en parte porque la conducta y presencia de Ligia ejercían sobre su alma influencia altamente benéfica. En modo alguno hubiera consentido que entre los dos se interpusieran personas extrañas. Por lo demás, estaba maravillado de ver que en cuanto Ligia intercedió en su favor, tanto Crispo como ella obraron como si nada tuvieran que temer, sin exigirle garantía alguna, cual si confiaran en que una fuerza superior les protegería en caso de traición. El relato y las enseñanzas del Apóstol en el Ostriano habian borrado de la mente del tribuno los linderos entre lo posible y lo imposible: Vinicio empezaba á tener fe en una intervención sobrenatural.

Acordóse en esto de la promesa que á los cristianos habia hecho de hablar con el griego para recomendarle la reserva, y suplicó á Ligia y á Crispo que enviasen por él. El anciano, comisionó á Oso para cumplir el encargo. Vinicio trazó algunas palabras sobre una tablilla y dirigiéndose á Crispo, dijo:

—Le he escrito porque Quilón es hombre astuto y desconfiado y hacia responder á mis enviados, siempre que no le convenia recibirles, que no estaba en casa.

—Si ahora está, te prometo traerle de grado ó por fuerza — contestó Oso.

Y, cubriéndose con el manto, salió precipitadamente.

II

A pesar de que no era cosa fácil hallar á uno en Roma, aun teniendo las más exactas indicaciones, Oso supo dar pronto con la guarida de Quilón. Pero no le reconoció, pues aparte de no haberle visto sino una sola vez y de noche, poco se parecía

al anciano venerable que le habia incitado á matar á Glauco el griego encorvado y trémulo por el terror que tenia delante.

Quilón, al convencerse de que no era reconocido, recobró la presencia de ánimo; la tablilla que le entregó el gigante le tranquilizó por completo, pues pensó que los cristianos no habrían dado muerte al tribuno por temor á los castigos que se les pudieran infligir por haber osado poner sus manos sobre un personaje tan elevado, y que, cuando menos, nadie podría acusarle ya de haber hecho caer á Vinicio en una celada. «Por consiguiente, pensó, Vinicio se encargará, en caso necesario, de mi defensa, porque no es probable que me llame para hacerme maltratar.»

Alentado con esta esperanza, se volvió á Oso y le dijo:

—Dime, buen hombre, ¿cómo no me ha enviado una litera mi amigo, el noble Vinicio? Tengo hinchadas las piernas y apenas puedo andar...

—Iremos á pie — respondió secamente el ligio.

—¿Y si me negase á seguirte?

—No te niegues... porque... es preciso que te vengas conmigo.

—¡Oh!... no me niego, no; iré, iré; mas porque así me place. Nadie se atreveria á coartar mi libertad, pues á más de que no soy esclavo, el Prefecto de la Ciudad es intimo amigo mio, y poseo el don de sustraerme á toda violencia, metamorfoseando en árboles y en animales á los hombres. ¡Pero iré, iré! Déjame tomar un manto de más abrigo á fin de que los esclavos de este barrio no puedan reconocerme; de lo contrario, nos pararian á cada momento para besarme las manos.

En diciendo esto, se puso otro manto de sobrecuello alto y holgada capucha, con la cual se tapó por completo la cabeza á fin de que Oso no pudiera reconocerle al hallarse en plena luz.

—¿Adonde me llevas? — le preguntó cuando estuvieron en la calle.

—Al *Transtevere*.

—Hace pocos días que estoy en Roma y no conozco aquella parte de la Ciudad; pero supongo que habrá allí también personas virtuosas.

Como no ignoraba Oso cuanto habia hecho el griego en la noche anterior, por haberlo referido Vinicio, no pudo contentarse al oírle, y, parándose de repente, le dijo con ingenuidad:

— No mientas, buen viejo. Has pasado esta noche con Vinicio en el Ostriano y al amanecer te hallabas en la puerta de casa.

— ¡Ah! ¿De modo que vuestra casa está situada en el *Transtevere*?... ¡Comprendo!.. Como te he dicho, ha poco que estoy en Roma y me hago un lío con los nombres de los barrios y de las calles. Si, amigo mío, esta mañana he llegado hasta los umbrales de vuestra morada y allí he conjurado á Vinicio, en nombre de la virtud, á que no los traspasara. Estuve también en el Ostriano y, ¿sabes con qué objeto? He acometido la heroica empresa de convertir á Vinicio á la fe de Cristo, y me empeñé en que oyera al Príncipe de los apóstoles. ¡Quiera Dios que penetre la luz en su alma y... también en la tuya! Aunque tú ya eres cristiano, y, seguramente, no deseas sino el triunfo de la Verdad.

— Si — respondió humildemente el ligio.

— Vinicio es un muy poderoso amigo del César que, por desdicha, presta todavía acatamiento algunas veces á los dictados del espíritu del mal; pero si se tocase á un solo pelo de su cabeza, Nerón vengaría el ultraje en todos los cristianos.

— Nos protege una fuerza muy superior á la del César.

— ¡Cierto, cierto! Mas ¿qué pensáis hacer de Vinicio?

— No lo sé; pero Cristo, Nuestro Señor, nos ordena que seamos misericordiosos.

— Has hablado con mucha discreción. Acuérdate siempre de esta máxima si no quieres asarte en el infierno como una salchicha sobre las parrillas.

Suspiró Oso profundamente, mientras Quilón pensaba que de aquel hombre, tan terrible en sus arrebatos, podía uno hacer lo que se le antojase. Y, como tenía impaciencia por saber lo ocurrido por la mañana, preguntóle en tono severo:

— ¿Qué ha sido de Crotón?... ¡No mientas!

Por segunda vez suspiró Oso, contestando luego con voz apagada:

— Vinicio te lo dirá.

— ¿Le has herido con un cuchillo ó le has matado á palos?...

— Estaba sin armas.

El griego no pudo reprimir un gesto de admiración.

— ¡Plutón... digo, Cristo te lo perdone!

Caminaron buen trecho en silencio. Al cabo Quilón, dijo:

— Yo no te denunciaré; mas ten cuidado con los guardias.

— Es á Cristo, y no á los guardias, á quien temo.

— Así debe ser. Pero repara que no hay crimen más tremendo que el homicidio. Yo rogaré por ti; mas no confío en que sean oídas, en el cielo, mis oraciones, mientras no hagas el firme propósito de no tocar, en todo el resto de tu vida, ni siquiera con el dedo, á otro semejante tuyo.

— He matado involuntariamente — replicó Oso.

Dispuesto Quilón á prevenir cualquier peligro por parte del ligio, continuó ponderándole la gravedad moral del homicidio, y procuró inducirle á prestar juramento de no agredir á nadie en lo sucesivo.

Discurriendo de esta suerte llegaron á la casa del *Transtevere* término de su viaje. El corazón del griego empezó á latir con violencia. Era tal su espanto que imaginó que Oso le dirigía miradas siniestras.

— Puedo consolarme — dijo para sí — con la esperanza de que me mate involuntariamente. Así les diera un ataque de parálisis á él y á todos los ligios. ¡Oh, Júpiter! ¡Otórgame esta gracia!... te lo ruego.

Y mientras esto decía, se arrebujaba más y más con la capucha del manto galo á pretexto de que le molestaba el frío. Cuando, atravesado el vestibulo y el patio, se hallaron en el corredor que conducía al jardín, detúvose Quilón y dijo:

— Déjame tomar aliento; de lo contrario no podré departir con Vinicio, ni menos darle saludables consejos.

Por más esfuerzos que hacía para persuadirse de que ningún riesgo le amenazaba, las piernas se le doblaban solo al pensar que pronto iba á encontrarse entre la gente misteriosa que había visto en el Ostriano.

Á la sazón se oía un cántico en la casa del jardincillo.

— ¿Qué es esto? — preguntó el griego.

— ¿Afirmas que eres cristiano — contestó Oso — é ignoras que después de cada comida cantamos, en acción de gracias, un himno al Salvador? Miriam habrá vuelto ya con su hijo y es posible que haya venido también el Apóstol, porque todos los días visita á la viuda y á Crispo.

— Llévame en seguida á donde está Vinicio.

— El tribuno se halla con los demás en la única habitación espaciosa que tenemos, pues las otras sirven exclusivamente para dormitorios.

La estancia estaba muy oscura, porque era aquella una tarde realmente invernal con el cielo encapotado, y la luz de

las lámparas apenas bastaba á disipar las tinieblas. En el hombre encapuchado adivinó Vinicio á Quilón y éste, en cuanto divisó el lecho en que yacia el tribuno, fuése rectamente hacia aquel lado, sin fijarse en las otras personas, como buscando la protección del patricio.

— ¡Ah, señor! ¿por qué no seguiste mis consejos? — exclamó, juntando las manos.

— Calla y escucha — dijole Vinicio.

Y con su mirada penetrante fija en el rostro de Quilón, empezó á hablar lentamente, recalcando las palabras, como si quisiera que cada una de por sí constituyese una orden y que todas se grabaran indeleblemente en el cerebro del griego.

— Crotón se ha arrojado sobre mi para asesinarme y robarme... ¿entiendes?... Entonces yo le he matado, y esta gente me ha recogido y curádome las heridas que recibí en la lucha.

Quilón comprendió al instante que Vinicio estaba en inteligencia con los cristianos y que, por consiguiente, quería que se diese crédito á sus palabras. Por esta razón, sin que se le dibujara en el semblante sombra de duda ó de asombro, levantó los ojos al techo y exclamó:

— ¡Ah! ¡Bien te decia yo que Crotón era un malvado! ¡Cuántas veces te aconsejé que desconfiaras de él! Pero de nada sirvieron mis exhortaciones. No se hallará en el infierno suplicio que corresponda á la gravedad de su culpa. ¡Atentar contra la vida de su bienhechor!; ¡contra un patricio tan generoso y magnánimo!... ¡Oh, dioses!...

— Á no tener yo mi cuchillo á mano, me hubiese matado — agregó Vinicio.

— Bendigo la hora en que te aconsejé que lo llevaras.

Vinicio, dirigiendo al griego una mirada escudriñadora, le preguntó:

— ¿Y tú, qué has hecho hoy?

— ¿No te dije, señor, que votos por tu salud?

— ¿Y nada más?...

— Estaba á punto de venir á verte cuando se presentó aquel buen hombre á decirme que me llamabas.

— Toma esta tablilla; la llevarás á casa y la entregarás á mi liberto Demas. Digo en ella que he marchado á Benevento. Tú le añadirás de palabra que he recibido una carta urgente de Petronio y que he partido esta mañana.

Y recalcando las palabras agregó:

— He marchado á Benevento... ¿comprendes?

— Si... has partido esta mañana, y yo mismo te he despedido en la Puerta Capena, produciéndome tal tristeza este acontecimiento que si tu generosidad no la desvanece moriré de tanto llorar, como la desdichada esposa de Zetus, después de la muerte de Itylío (1).

Á pesar de la postración y de hallarse acostumbrado á las agudezas del griego, Vinicio no pudo menos de sonreirse. Satisfecho, además, de que Quilón le hubiese comprendido en seguida, dijole:

— Bien; pondré en la tablilla que te enjuguen las lágrimas. Aproxima la luz.

Quilón, ya enteramente tranquilizado, descolgó de la pared el candil, pero con el movimiento que para ello hizo se le cayó el capucho y la luz le dió de lleno en el rostro.

Glauco, que le reconoció en seguida, saltando del asiento gritó con voz estentórea y terrible:

— ¡Céfas! ¿no me conoces?

Quilón levantó la luz á la altura del rostro de Glauco y en el acto la dejó caer, doblando las rodillas y gimiendo:

— No fui yo... no fui yo... ¡Apíadate de mí!...

Pero Glauco, mirando en torno, exclamó:

— ¡Este es el hombre que me vendió, el causante de mi ruina!

Vinicio echó de ver al instante que el médico por quien habia sido curado era Glauco, cuya historia conocia, como la conocian los cristianos, aunque por muy distinta boca.

Oso, para quien las palabras de Glauco fueron como relámpago en noche tenebrosa, se arrojó sobre Quilón, y cogiéndole los brazos se los retorció sobre la espalda, gritando:

— ¡Este es el bribón que me sugirió la idea de matar á Glauco!

— ¡Piedad! ¡Misericordia! — gemia el griego. — ¡Señor!... ¡Vinicio!... ¡Sálvame!... Yo confiaba en que tú me defenderías. Llevaré tu carta. ¡Señor! ¡Señor!...

(1) Aedon, esposa de Zetus, celosa de la fecundidad de Niobe, decidió degollar al primogénito de ésta; mas, por error, mató á su propio hijo Itylío. Entregada á las Furias y presa de profunda desesperación se suicidó; pero compadecidos los dioses de su suerte, la convirtieron en el pájaro llamado ruiseñor.

Pero Vinicio, acostumbrado á las añagazas del filósofo é inaccesible á la piedad, contemplaba con indiferencia, sino desdenosamente, aquella escena.

—Enterradlo en el jardín—dijo.— Otro llevará la carta.

Estas palabras sonaron en los oídos de Quilón como sentencia de muerte. Crugíanle los huesos entre las manos férreas de Oso; de los ojos le brotaban abundantes lágrimas.

— Por amor de vuestro Dios, ¡tened misericordia de mí!—decía sollozando.— ¡Soy cristiano!; ¡soy cristiano! La paz sea con vosotros... Os digo que soy cristiano; y si no dáis crédito á mis palabras ¡bautizadme otra vez, tres, quince! ¡Estás en un error, Glauco! Dejad al menos que me explique. Tomadme por esclavo si os place; pero no me matéis; ¡por caridad, no me matéis!

La voz, ahogada por el dolor y por el espanto, expirábale en la garganta, cuando, al otro lado de la mesa, el Apóstol Pedro se levantó y dijo en medio del más profundo silencio:

—El Señor ha dicho: «Si tu hermano te ofendió, pero se arrepiente después, perdónale. Si te ofendió siete veces en un día y siete veces te imploró misericordia, perdónale también.»

El silencio se hizo todavía más profundo. Glauco estuvo largo espacio de tiempo con el rostro oculto entre las manos. Al fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

— ¡Dios te perdone, Céfás, como te perdono yo en nombre de Cristo!

El ligio soltó al griego, diciendo:

— ¡El divino Redentor te perdone, como yo también te perdono!

Quilón se hallaba postrado, y con las manos apoyadas en el suelo y moviendo de un lado á otro la cabeza, parecía un animal cogido en una trampa, esperando la muerte. No daba fe ni á sus oídos ni á sus ojos; no osaba creer que se le había perdonado.

Paulatinamente fué recobrando el dominio de sí mismo, sin quedarle al cabo de un rato más huella del terror que la lividez de los labios.

El Apóstol le dijo:

— ¡Vete en paz!

Púsose de pie Quilón; mas no pudo pronunciar palabra. Maquinalmente se acercó á Vinicio, como si esperase de él protección y ayuda, sin comprender, á causa del terror que le em-

bargaba, que precisamente aquél á quien prestara tantos servicios, el cómplice de sus maldades, le había condenado en el instante mismo en que le perdonaban los cristianos, que eran los ofendidos. Y, no obstante tener la convicción de haber sido perdonado, ansiaba hallarse sano y salvo, fuera del alcance de aquellos seres incomprensibles, cuyo comportamiento caritativo le aterraba mucho más de lo que le hubiese amedrentado su crueldad. Llegó á imaginarse que si permanecía allí por más tiempo ocurrirían sucesos prodigiosos y espantables.

— ¡Dame la carta, señor; dame la carta!—dijo con voz angustiada, alargando la mano á Vinicio.

Apenas tuvo la tablilla hizo una inclinación de cabeza á los cristianos, otra á Vinicio, y desliziéndose pegado á la pared salió precipitadamente.

Pero en cuanto se encontró solo en el jardín, le asaltó otro temor que le puso los cabellos de punta. ¿No aprovecharía la ocasión el ligio para asesinarle, protegido por las sombras que allí reinaban? De buena gana hubiera echado á correr, pero le paralizaba los miembros el espanto. De pronto vió surgir ante sí la gigantesca y temida figura de Oso, y cayó de bruces, diciendo con voz temblorosa, que parecía un gemido:

— ¡Urbano!... ¡en nombre de Cristo!...

— No temas, contestó cariñosamente Oso.— El Apóstol me ha ordenado acompañarte hasta la puerta de la calle, á fin de que no te extravies en la obscuridad; y si estás falto de fuerzas para andar te llevaré adonde vayas.

Quilón levantó la cabeza, preguntando:

— ¿Es cierto lo que dices?... ¿no me matarás?...

— ¡Ah, no! Y si acaso al cogerte te hice daño, perdóname...

— Dame la mano para levantarme. ¿De veras, no me matarás? Llévame hasta la calle y una vez allí marcharé á pie.

Oso le levantó del suelo como si fuera una pluma. Al hallarse en el patio, pensó Quilón: «Ahora, si, ha llegado mi último momento;» pero con gran sorpresa se encontró en seguida en el otro corredor y luego en la calle.

— Aquí ya puedo andar—exclamó, respirando á sus anchas.

— ¡La paz sea contigo!

— ¡Y contigo también! ¡Contigo también! ¡Ay! ¡Déjame aspirar este aire!...

Oso volvió sobre sus pasos, y Quilón se palpó los costados y la espalda como para cerciorarse de que estaba vivo. Después,

echó á andar. Aún no había dado cien pasos cuando se detuvo y se preguntó:

— Pero ¿por qué no me han matado?

Y, no obstante sus coloquios con Euricio acerca de la doctrina cristiana, no obstante lo que Oso le había dicho á las orillas del Tiber y cuanto la noche anterior oyó en el Ostriano, no atinó con la respuesta.

III

No menos confuso y asombrado estaba Vinicio. Que á él, en vez de castigarle por su atentado, le trataran con tantas consideraciones, no le admiraba, porque, al fin y á la postre, personaje era de alta alcurnia y de gran influencia social. Además, algo había de influir en que de tal suerte le trataran, aparte las máximas de la doctrina profesada por aquella gente, el cariño que le tenía Ligia. Pero la conducta observada con Quilón le era incomprensible.

— ¿Por qué no le han matado?— se preguntaba.— A fe, lo hubieran podido hacer impunemente, enterrando después el cadáver en el jardín ó echándolo al río.

Y, en efecto, eran tan frecuentes á la sazón los crímenes, cometidos á veces por el mismo Nerón y los augustales en sus nocturnas agresiones, que nadie se cuidaba de averiguar la procedencia de los cadáveres arrastrados por el Tiber.

Cuanto más Vinicio se enfrascaba en sus reflexiones, mayor era su convicción de que los cristianos, no sólo habrían podido matar al griego sin riesgo alguno, sino de que tenían el derecho de matarle. No era, sin embargo, absolutamente desconocido el sentimiento de la piedad en el ambiente social en que vivía el tribuno. Los atenienses le habían consagrado un templo y por mucho tiempo resistieron á la moda de las luchas de gladiadores. Aún en Roma habían sido perdonados alguna que otra vez los vencidos. Ejemplo de ello, Calícrates, rey de Bretaña, hecho prisionero imperando Claudio, de quien había recibido no sólo la merced de vivir en libertad en Roma, sino cuantiosos bienes. Pero la venganza por ofensas personales era un derecho reconocido en las leyes, y á Vinicio, en este caso, la piedad le parecía algo así como una infracción de las mis-

mas. Ciertamente, había oído en el Ostriano que la religión de Cristo ordena amar aun á los mayores enemigos; pero, á su juicio, no pasaba de ser ésta una mera máxima filosófica sin posible aplicación práctica.

Recordando que en algunos pueblos estaba vedado pelear durante determinadas épocas del año, atribuyó la magnanimidad de los cristianos á una prohibición semejante. ¿No era posible que en ciertas fiestas, ó en alguna de las fases de la luna, les estuviese prohibido el derramamiento de sangre? Mas, entonces, ¿por qué no habían entregado al griego á la justicia? ¿por qué el Apóstol dijo que á quién siete veces ha pecado siete veces se le ha de perdonar? ¿por qué Glauco exclamó dirigiéndose á Quilón: «Dios te perdone, como yo te perdono»?

En verdad, el griego había hecho á Glauco la mayor ofensa que un hombre puede hacer á otro, y sólo al pensar Vinicio la venganza que tomaría de la persona que, por ejemplo, le matase á Ligia, bullía en las venas la sangre; habría puesto en tortura el magín para inventar suplicios refinados con que castigarle. Y, sin embargo, ¡Glauco había perdonado! ¡Y había perdonado también Oso, aquel gigante que podía impunemente matar en Roma á quien se le antojase y alcanzar la dignidad de *Rey del bosque de Nemora* (1) que se obtenía haciendo desaparecer del mundo de los vivos al gladiador que lo desempeñaba.

Y de todas estas preguntas y reflexiones sacó en conclusión Vinicio que los cristianos no mataban gracias á una excepcional, á una hasta entonces desconocida bondad; á un ilimitado amor por sus semejantes, que les llevaba á olvidar las ofensas, á sacrificarse, á despreciar su propia felicidad en beneficio de la felicidad ajena. Que recompensa esperasen por su abnegación bien lo había oído en el Ostriano... Pero aquello no podía él comprenderlo. Figurábasele que sería una vida muy mezquina y miserable la que arrastrarían quienes por amor al prójimo renunciaran á riquezas, placeres y hasta á los propios cuidados. Y esta consideración despertaba en su alma un sentimiento de profunda lástima y aún de desprecio á los cristianos. Antojá-

(1) Denominábase así al gladiador más fuerte y valeroso, al que hoy llamaríamos en el lenguaje de *sport*, *primer campeón*. Para obtener esta dignidad había un solo medio: vencer y matar al que la usufructuaba. En otro pasaje de la novela se da á entender con mayor claridad que ese *venturoso* mortal, antes de la tentativa del rapto de Ligia, era Crotón.